

Un maestro de Historia llamado Himno Nacional

Vicente Quirarte

Es protagonista del primer día de la semana en el patio de escuelas en todo el territorio nacional. Inicia y culmina la jornada de los medios de comunicación. Ocupa el aire en tierras propias o lejanas cuando los héroes del atletismo suben al podio para avivar con su hazaña excepcional el fuego eterno. Despide o despierta a la bandera en el corazón del corazón del país, en cuarteles humildes o en flamantes zonas militares. Forma parte de nuestro ser sensible desde el instante en que podemos abstraer los conceptos patria, lengua, identidad. Lo aprendemos de memoria, al igual que otros rituales. Lo repetimos con más emoción que inteligencia, pero si tenemos la fortuna de que desde la primera edad nos sea explicado, crecemos con una concepción distinta de lo que cantamos y, por ende, de lo que somos. Fuerte y emotivo, brioso y pendenciero, sentimental e hiperbólico, maestro de Historia que repite su vieja y sabia lección ante los oídos sordos de sus escuchas, hace siglo y medio que acompaña nuestras alegrías y nuestros duelos. Acudimos a él en la euforia del triunfo. Le pedimos sus servicios para desahogar las penas cuando nos sentimos parte de un todo, fragmento integral de una nación. Nunca lo cantamos a solas. Es acto comunitario, consagración del nosotros. Lo llamamos, con sus bien ganadas mayúsculas, Himno Nacional.

Una de mis maestras de primaria nos decía que nuestro Himno debería de convocar a los mexicanos al trabajo y no a la guerra. El niño que yo era creía en el heroísmo del combate y no concebía las

atrocidades cometidas en nombre de esa forma de confrontación que Von Clausewitz considera la sustitución de la política. En 1962, cuando cursaba el segundo año de primaria, se cumplieron los cien años de la Batalla del 5 de Mayo de 1862. Entonces nació mi admiración, no menguada por el paso de los años, hacia el general Ignacio Zaragoza. Una visita a los fuertes de Loreto y Guadalupe, donde la maqueta de la Batalla constituyó uno de los acontecimientos decisivos de aquellos años, la recolección de un álbum de estampas que conmemoraba la victoria de México sobre los franceses y la circunstancia de que mi padre, el historiador Martín Quirarte, enfocara su atención en la época de la Intervención Francesa y el Imperio, fortalecieron la creencia de que mi profesora no estaba asistida por la razón.

Entonces no tenía elementos para responder a mi profesora que la beligerancia del poema de Francisco González Bocanegra, azuzada por la marcialidad de la música del inspector de bandas militares Jaime Nunó —y que entonces entonábamos sin la conciencia histórica y lingüística de cada una de sus palabras y notas— hundía sus raíces en tres décadas casi ininterrumpidas de guerras civiles e intervenciones extranjeras, donde propios y extraños se sentían con derecho —por destino manifiesto o por voluntad divina— de depredarnos o vender nuestro territorio al mejor postor.

A partir del estallido de la Guerra de Independencia, los poetas dedicaron su musa a cantar la defensa de la Libertad. Desde 1821 hasta 1854, año de composición del Himno Nacional, la historia de México es la de sus pronunciamientos domésticos y de la resistencia en contra de potencias que intentaban prolongar sus

dominios en el nuestro. El hecho, que de tan obvio se olvida, es pasado por alto en los primeros años de nuestra educación primaria, cuando memorizamos la letra del Himno sin que se nos explique el significado de su retórica ni la circunstancia histórica detrás de cada una de sus estrofas. Como es más fácil admirar a nuestros escritores que leerlos, nos quedamos con la leyenda del poeta obligado por su novia a escribir el poema, para alabanza de la Patria. Sin embargo, la realidad del escritor y el momento en que vivió resultan mucho más apasionantes. “Mexicanos al grito de guerra,/ el acero aprestad y el bridón”. En esos dos versos iniciales, el poeta resume la conciencia y la indignación ante un momento dramático de nuestra historia. La palabra *bridón* ya no se utiliza comúnmente, pero en el tiempo de composición del Himno denominaba al caballo de combate, pequeño y eficiente. Llegado del otro lado del mar con los españoles, se convertiría en compañero inseparable de los soldados de la libertad, desde el regimiento de Dragones que acompañó a Miguel Hidalgo al estallido de la Independencia, hasta los guerrilleros chinacos que no darían cuartel al ejército francés, el mejor de su tiempo.

Cantar nuestro Himno con plena conciencia de su árbol genealógico y de sus significados, siempre será más útil que un ejercicio de memoria. Como ritual de paso para su iniciación en los símbolos patrios, el aprendizaje del Himno por parte de un niño, y de quien ha dejado de serlo, debería de comenzar por la comprensión de los conceptos del poema, antes que obligarlo a obedecer una serie de órdenes que no fomentan su sentido cívico y sí, en cambio, lo hacen alejarse de él. La defensa del territorio y la alabanza de la libertad, de acuerdo con el ideario de la Revolución

Francesa, es una condición esencial de los pueblos que nacen a la vida independiente. La palabra se democratiza, se transforma en patrimonio inclusive de aquellos que no habían tenido acceso a la educación. Como escribe Gérard Gengembre, al lado de los numerosos periódicos y hojas volantes nacidos al compás de la Gran Revolución, florece la canción patriótica, aquella que defiende los principios de la sociedad naciente. Nacida como un canto de guerra de los patriotas marseleses, La Marsellesa habría de convertirse en himno nacional de los franceses a partir de 1792. El himno defiende un territorio, un pueblo y una idea nueva: la felicidad en la libertad.¹ Heredero del canto de guerra de Rouget de Lisle que la posteridad bautizaría como La Marsellesa, nuestro Himno nace en pleno apogeo romántico, cuando la acción y el pensamiento se unen en una sola poderosa y ardiente profecía e instauran una forma de religión laica, fundada en la libertad y en el culto a la razón. Radical e hiperbólica, la poesía romántica no admite cadenas que la aten. Los enemigos naturales de la nueva república son la tiranía, y las armas para combatirla se vuelven igualmente terribles. Uno de nuestros primeros y más grandes románticos, el poeta Fernando Calderón, ilustra este sentimiento en el poema “El sueño del tirano”:

De firmar proscipciones
y decretar suplicios, el tirano
cansado se retira,
y en espléndido lecho hallar pretende
el reposo y la paz. ¡Desventurado!
El sueño, el blando sueño,

¹ Gérard Gengembre, *A vos plumes citoyens. Écrivains, orateurs et poètes, de la Bastille à Waterloo*, Gallimard-Jeunesse, 1988 (col. Découvertes Gallimard), p. 23.

le niega su balsámica dulzura;
tenaz remordimiento y amargura
sin cesar le rodean;
en todas partes estampada mira
de sus atroces crímenes la historia;
su implacable memoria,
fiel en atormentarle, le recuerda
las esposas, los hijos inocentes
que por saña abandonados gimen
en viudez y orfandad; gritos horrendos
cual espada de fuego le penetran;
con pasos agitados
recorre su magnífico aposento,
sin hallar el consuelo; en su alma impura
la amistad, el amor, son nombres vanos
que jamás comprendió; los ojos torna;
su cetro infausto y su corona mira;
un grito lanza de mortal congoja;
con trabajo respira,
y a su lecho frenético se arroja.

En el poema de Calderón es posible apreciar rasgos de varios de los protagonistas del conflictivo México posterior a la Independencia. Sin embargo, lo importante es que, fiel al ideal romántico, el poeta rechaza cualquier forma de poder personal, de ambición individualizada, y se inclina por el poder del pueblo.

Calderón era unos cuantos años mayor, y amigo de los jóvenes poetas que en 1836 se reunieron a fundar la Academia de Letrán, con

el ánimo de crear una literatura nacional. Sus nombres eran José María Lacunza, Ferrita y Guillermo Prieto. Este último llena con su vida y con su obra la parte más emotiva del siglo XIX. Varios de sus poemas se convertirían en himnos de guerra del liberalismo, y en el *Romancero nacional* haría la historia de México en verso, mediante el uso del verso octosilábico, de fácil memorización. Y aunque numerosos fueron los esfuerzos para dotar a México de un himno que le diera identidad para los propios y lo defendiera de la ambición de los extraños, correspondería el honor de hacerlo a un poeta que era, en principio, ajeno a los principios liberales: Francisco González Bocanegra (1824-1861).

En 1954, centenario de la composición del Himno, Joaquín Antonio Peñalosa publicó un libro dedicado a estudiar la vida y la obra del poeta.² En él nos hace saber los rasgos de su biografía: González Bocanegra nació en San Luis Potosí. Su padre fue un militar español, José María González Yáñez; su madre, mexicana, se llamaba María Francisca Bocanegra y Villalpando. Expulsada de México en 1827, por el decreto que afectaba a los españoles, la familia pasó ocho años en Cádiz. Regresaron en 1846 a San Luis, donde el joven Francisco se dedicó al comercio y a los estudios. Perteneció a la Academia de Letrán y contribuyó en 1849 a la fundación del Liceo Hidalgo. Composiciones suyas aparecieron en publicaciones tan notables como *La Ilustración Mexicana* y *Presente amistoso*. En 1856 fue representado en el Teatro Iturbide el drama de su autoría *Vasco Núñez de Balboa*. Murió el 11 de abril de 1861 —año de la difícil victoria de Benito Juárez sobre los conservadores— cuando contaba con 37 años de edad. Tales son los

² Joaquín Antonio Peñalosa, *Francisco González Bocanegra, su vida y su obra*, México, Imprenta Universitaria, 1954 (Serie Letras, 16).

rasgos más importantes de su vida. Sin embargo, su fama como autor, su vigencia en la memoria la debe a los decasílabos y marciales que el 9 de febrero de 1854 obtuvieron el premio convocado por el gobierno de la República. El estreno oficial, con la música de Jaime Nunó, la actuación de la soprano Balbina Steffenone y el tenor Lorenzo Salvi tuvo lugar la noche del 16 de septiembre en el que entonces se denominaba Gran Teatro Santa Anna.

Sin embargo, el año de composición y estreno de nuestro Himno, México vivía una de las etapas más conflictivas de su vida independiente. Niceto de Zamacois lo resume de la siguiente manera:

El año de 1854 terminó con la misma falta de equilibrio con que había empezado. La nación con un pedazo menos de territorio y con la guerra de castas de Yucatán. Menguada en gran parte la suma en que los Estados Unidos compraron la Mesilla. Con un grande aumento en las contribuciones. Con los campos incendiados por uno y otro partido. Asolados los departamentos fronterizos por las hordas de indios bárbaros. Desiertos los campos por los hombres arrancados de leva. Sin arreglo ninguno en la hacienda. Sin protección la industria. Sin vida el comercio. Arruinada la agricultura. Con un gobierno dictatorial que el país no había pedido, y con un plan de gobierno proclamado por la revolución que tampoco inspiraba confianza. A la nación, colocada en medio de dos contendientes que se declaraban eco de la voluntad de ella, y

que la desangraban, sin que su voluntad, sin embargo, estuviese representada por ninguno de los dos.

La revolución a la que se refiere Zamacois es la de Ayutla, iniciada en marzo, cuando un grupo de sureños decide rebelarse contra la autoridad omnímoda del general presidente y arrojar del poder a Antonio López de Santa Anna. No se trata, exclusivamente, de un cambio de personas en la silla presidencial; por primera vez en una larga serie de pronunciamientos, México se prepara a la difícil organización de su democracia y al ejercicio de los principios que rigen al nuevo siglo. La joven generación liberal irrumpe en el escenario con su preparación intelectual y su resolución política. Los correos que el gobierno de Santa Anna logra interceptar aparecen redactados de una manera impecable. Su redactor se llama Ignacio Manuel Altamirano. Un abogado oaxaqueño llamado Benito Juárez se presenta en La Providencia para ponerse a las órdenes de Juan Álvarez, caudillo de la revolución y que será presidente provisional de México a la caída de Santa Anna, en 1855. Vendría después el gobierno de Ignacio Comonfort, la Constitución liberal, el ensayo de Reforma y la lucha resultante de la oposición de sus detractores. De 1857 a 1867 México vive la que el historiador Luis Galindo denomina la Gran Década Nacional, del estallido de la Guerra de Reforma a la victoria de la República sobre la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano. Sin embargo, antes de llegar a ese punto, la generación de González Bocanegra tuvo que experimentar difíciles y acaso necesarios rituales de paso.

Al igual que sus contemporáneos, el joven Francisco se ve afectado por el impacto de la guerra contra Estados Unidos, que

divide cronológica y emocionalmente el siglo en dos mitades. Si para muchos nacionales el septentrión mexicano era una realidad inasible, la guerra los hizo conscientes de que no bastaba un desierto para separarnos de la ambición de nuestros vecinos. En el septiembre negro de 1847, la capital vio cumplida la profecía de José María Gutiérrez de Estrada, al ondear sobre el Palacio Nacional la bandera de las barras y las estrellas. A la mitad de un siglo convulsionado por el surgimiento y la defensa de las nacionalidades, donde el yo se lanza a la conquista de la gloria o se sumerge hasta el fondo para encontrar lo desconocido, el escenario estaba preparado para las actuaciones del canalla, el héroe y el artista. En un México que había soportado los veleidosos retornos del general Antonio López de Santa Anna a la primera magistratura, el general presidente encarnaba al canalla que vendía territorio y sacrificaba inútilmente a sus soldados, al héroe salvador de la Patria y al artista capaz de desempeñar con éxito el papel adecuado a la situación, siempre en su personal beneficio.

Si el primer ciudadano de la República viste su disfraz para la representación, los escritores mexicanos habrán de vestir sus respectivos trajes para **ejercer la ciudad** en tiempos de urgencia. Manuel Eduardo de Gorostiza deja momentáneamente las tablas para ocuparse de otro escenario. Activo en el “Batallón de Bravos”, donde figuraba Manuel Payno como mayor, olvida sus cincuenta y ocho años y su antigua herida de bayoneta, producto de la defensa de Madrid contra el ejército napoleónico, para ocuparse de la instrucción militar de los novatos en los patios de la Escuela de Medicina en la plaza de Santo Domingo. José María Lafragua abandona la tranquilidad de su gabinete y de sus libros que

empastaba, recuerda Prieto, con devoción cercana al fanatismo, para incorporarse al “Batallón Independencia”. Elegante y optimista tanto en la redacción de *El Monitor Republicano* como en medio de la tertulia, Vicente García Torres hace un paréntesis en su trabajo de impresor. Sin la preparación militar de los anteriores, pero con el mismo amor a la gloria y un patriotismo a toda prueba, Guillermo Prieto, quien entonces se acercaba a la treintena, se había apresurado a formar una “guerrilla de la pluma”. En compañía de los jóvenes redactores de *El Monitor Republicano*, Pablo Torrescano, Castillo Velasco y Ramón Alcázar, otro de los futuros autores de los *Apuntes para la guerra entre México y los Estados Unidos*, se incorpora al Ejército del Norte, veterano de La Angostura, al mando del general Valencia. Llegaron al cuartel, dice Prieto, en caballos “que más parecían hijos de sus jinetes, que animales empleados a su servicio”. El entusiasmo memorioso de Prieto lo lleva a cometer un error histórico en *Memorias de mis tiempos*. Al evocar los combates por el castillo de Chapultepec, Prieto señala que los oficiales se lanzaban a la batalla entonando el Himno Nacional, cuando aún faltaban siete años para la composición del que actualmente conocemos. Con todo, el error de Prieto subraya el patriotismo de esos hombres que con la palabra y la acción ponían sus mejores esfuerzos para la defensa de la Patria. Sí entonaron el Himno Nacional los soldados mexicanos que se negaron a firmar el acta ofrecida por el mariscal Aquiles Bazaine, a la caída de Puebla en 1863, acta según la cual los mexicanos se comprometían a no volver a tomar las armas contra el invasor. El coronel Ignacio Manuel Altamirano recuerda cómo el Himno era una de las principales arengas en la carga sobre la Plaza de Querétaro. Así recuerda la acción del 27 de abril de 1867, cuando los liberales enfrentaron al

ejército imperialista comandado por uno de sus mejores tácticos, el general Severo de Castillo: “El general Jiménez mandó tocar diana en toda la línea, y nuestras pobres músicas del Sur celebraban la victoria tocando el himno nacional, mientras que se recogían los cuerpos de los valientes que habían sucumbido en tan glorioso combate sostenido contra uno de los más famosos generales del Imperio”.³

En el ensayo *La literatura mexicana durante la guerra de Independencia*, que sirvió de prólogo a la *Antología del Centenario*, Luis G. Urbina hace un amplio repaso de la musa puesta al servicio de la causa libertaria. La Independencia ocupa la atención, la pluma y la tinta de nuestros escritores. Quienes no participan espada en mano contra los enemigos de la Independencia, los fustigan con versos donde el patriotismo resulta conmovedoramente superior a la obra de arte. Las invasiones pretéritas —de Barradas a Baudin, para utilizar la frase de Carlos Pereyra— de las expediciones españolas de reconquista a las incursiones francesas más cercanas a la piratería que al derecho de gentes, eran una experiencia lo bastante inolvidable y cercana como para que la poesía llamara a la concordia. En el aire se presagiaba la retórica que González Bocanegra fijaría en sus versos para escribir los de nuestro Himno Nacional, “fuerte y ríspido como un chorro de alcohol”, según lo definirá, ya en el siglo XX, el poeta Gilberto Owen.

Ante la cercanía del ejército estadounidense, los poetas declaman en los teatros, en las plazas públicas o ante la vista del enemigo. Si el Ayuntamiento se apresura a abrir fosos, desmontar de

³ Ignacio Manuel Altamirano, “El 27 de abril en Querétaro. (Recuerdo histórico)”, en *Obras completas* vol. II, México, Secretaría de Educación Pública, 1986, p. 276. Edición, prólogo y notas de Moisés Ochoa Campos.

madera sus carruajes y reforzar trincheras y barricadas, los escritores aprestan sus estrofas o afilan las flechas de sus sátiras. La voz del poeta en el teatro y la hoja volante en la calle crean una literatura de urgencia, resumen del dolor o la indignación colectivos. A José María Esteva, quien habría de ser finalista en el concurso del Himno Nacional en 1854, pertenece la siguiente estrofa, dedicada a los defensores de Veracruz, y recitada por el poeta en el Teatro Nacional:

Guerra, sangre, exterminio, venganza,
no la paz con la afrenta comprada,
que humeante fulmine la espada
entre escombros la muerte doquier.
No la paz vergonzosa, cobarde;
sangre, fuego exterminio, venganza,
y al fragor de la horrible matanza
que se dicte al vencido la ley.⁴

Por su parte, Guillermo Prieto escribe un poema que parece profetizar el peregrinaje que, tres lustros más tarde, habrá de efectuar el liberalismo legalmente gobernante, cuando el gobierno de Benito Juárez se vea obligado a abandonar la capital ante la inminente llegada del ejército interventor francés:

⁴ Citado por Enrique de Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México*, México, Editorial Porrúa, vol. I, 1961 (col. Biblioteca Porrúa, 21), p. 457.

¡Patria hermosa de Hidalgo! ¡Patria mía!
¿Cómo proscritos en tu hermoso suelo
comeremos el pan de la agonía?
Como mendigos de la patria al dueño
iremos a pedir arrodillados
tierra para dormir el postrer sueño.⁵

A la versátil pluma de Niceto de Zamacois se debe el juguete cómico en un acto y en verso *Los yanquis en Monterrey*, donde puede apreciarse el sentimiento contra el invasor. La acción se desarrolla en uno de los hogares de la ciudad norteaña, sitiada por las tropas norteamericanas de Winfield Scott entre el 21 y el 24 de septiembre de 1846. La obra transcurre en el último de estos días, pues Bartolo, uno de los personajes, habla específicamente de la toma del Obispado, hecho que precipitó la caída de la plaza, no sin que los mexicanos dejaran de batirse en retirada hasta la catedral, principal fortificación de la ciudad. El carácter logrado de la pieza reside en que Zamacois vuelve protagónicos a personajes del anonimato. La marcada diferencia entre el manso Anselmo, señor de la casa, y las fogosas mujeres Eustaquia y Leonor, establece un contrapunto en el sentido de ser vehículo conductor de la toma de conciencia política. Mientras a Anselmo no le interesa quién gobierne, siempre y cuando le permitan disfrutar de sus canarios —símbolo de la libertad condicionada— su esposa y su hija no sólo arengan a la resistencia sino toman las armas y llegan con arreos de guerra en una de las mejores escenas de la obra. Hay en sus labios la

⁵ *Ibidem*, p. 459.

retórica épica de entonces, que anticipa algunas figuras después desarrolladas por González Bocanegra:

¿Será posible, Anselmo, que tu calma
Nada llegue a alterar en este mundo?
No entretengan los pájaros tu alma
Cuando el yankee se acerca furibundo.

Encuentre en Monterrey, porque se asombre
En vez de las riquezas que ambiciona,
Un invencible muro en cada hombre,
Y en cada joven una bella amazona.

Si hoy orgullosos nuestros campos corre
Y tremole atrevido sus estrellas,
Al combate volemós, y allí borre
Con su sangre cruel hasta las huellas.⁶

Desde su primera estrofa, mediante la exaltación de las armas de caballería y artillería, el Himno Nacional es un canto al ejército. Con todo, no obstante que su autor simpatizaba con la causa conservadora, no se trata de una defensa del fuero militar que sería uno de los detonantes de la Guerra de Reforma, sino del papel de los

⁶ Vicente Quirarte, *Dramaturgia de las guerras civiles y las intervenciones*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 (col. Teatro Mexicano).

soldados como hijos de la patria, obligados a caer por ella. Porque si bien era cierta la existencia del ejército persecutor de privilegios, como aparece en las sátiras de *El Gallo Pitagórico* y de los caricaturistas de la época, también existían los herederos de la Independencia, los que, fieles al ejemplo de Guadalupe Victoria, jamás habían soltado las armas en defensa de la causa rebelde. González Bocanegra celebra más bien a ese ejército heroico que cubrió a marchas forzadas el trayecto desde la capital hasta los estados norteros, para escribir algunas de sus páginas más sublimes; los versos del Himno, sin decir los nombres, están dedicados también a los que se batieron contra el extraño enemigo personificado ese 1854 por el conde Gaston Raousset de Boulbon quien, en su encarnación megalómana de nuevo Quetzalcóatl, intentaba justificar sus delirios filibusteros; igualmente pueden ser destinatarios los civiles agrupados en los batallones “Bravos”, “Hidalgo” e “Independencia” que, a decir de Prieto, eran la familia que defendía el gran hogar de la patria. La épica de nuestro siglo XIX es personificada por los juanes en La Angostura, los cadetes del Colegio Militar o el soldado que exclamó, antes de caer mortalmente herido y como respuesta a la injusta acusación de su general en jefe: “Yo soy el Batallón de San Blas”.

¿Cuál era la verdadera situación de nuestras fuerzas armadas en aquellos años difíciles? Debemos a Heriberto Frías, experto en asuntos militares, una visión precisa de nuestra situación en la ruptura de las hostilidades contra Estados Unidos de América. En sus consideraciones finales, donde hace un balance militar de la guerra, resalta la situación del ejército mexicano en ese entonces:

El ejército no llegaba al comenzar la guerra, a doce mil hombres, espaciados en una vastísima extensión: el armamento, la artillería, y en general todo lo concerniente al ejército, se hallaba envejecido y deteriorado por el uso, sin que en muchos años hubiese sido relevado, y en cuanto a nuevos sistemas adoptados en otros países, solamente teníamos noticia. No existían arsenales ni depósitos de ninguna clase, de manera que las pérdidas sufridas en la guerra era imposible repararlas. Los doce mil hombres del ejército, reemplazados constantemente y ayudados por batallones de auxiliares y de guardia nacional, que en escaso número se levantaron, fueron los únicos elementos con que la nación sostuvo una lucha en extremo desigual, para la que no estaba preparada.⁷

Si el coro de nuestro Himno es una exaltación terrenal de los habitantes del país, en la primera estrofa aparecen atributos divinos. El olivo tiene una multiplicidad de significados: paz, fecundidad, purificación, fuerza, victoria y recompensa. “En las tradiciones judía y cristiana, el olivo es símbolo de paz: al final del diluvio, la paloma de Noé trae un ramo de olivo.”⁸ La utilización de metáforas provenientes del ámbito religioso se explica por la adaptación que el pensamiento liberal hace de ellas para incorporarlas a un discurso laico. Con todo, esa transformación es paulatina. Como advierte Rafael Gutiérrez Girardot, “la secularización del siglo XIX fue no sólo una ‘mundanización’ del mundo, sino a la vez una ‘sacralización’ del

⁷ Heriberto Frías, *Episodios militares mexicanos, Segunda Parte. Invasión norteamericana*, México, Librería de la Viuda de C. Bouret, 1901, p. 276.

⁸ Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Editorial Herder, 1988, p. 776.

mundo. Y nada muestra tan patentemente esta secularización del mundo como los ‘principios de fe’ que rigieron estas dos tendencias y las metas que se propusieron: la fe en la ciencia y en el progreso, la perfección moral del hombre, el servicio a la Nación”.⁹ Los epítetos aplicados a los valores religiosos se utilizan ahora para valores civiles, emanados de la Revolución Francesa: la Diosa Razón, la Santa Libertad, el cielo que colma de honores a los héroes. Por necesidad política, más que por falta de creencia, nuestros liberales luchan por hacer de la *polis* un territorio progresista. En sus poemas al Hacedor, Juan Valle no censura a la religión, pero sí a sus malos ministros.

En la referencia al arcángel divino, es preciso anotar que, independientemente de la gran cantidad y jerarquías de ángeles, Chevalier recuerda: “El ángel en tanto que mensajero es siempre portador de una buena nueva para el alma”. En la mitología clásica, la figura alada es símbolo de la victoria, triunfo del espíritu sobre la materia. Elevada en la columna de nuestra Independencia, como lo estaría en nuestro siglo el “arcángel divino” de González Bocanegra, es la unión entre el Orden del Cielo y el Caos de la Tierra, la construcción de la ciudad armónica que permite el ejercicio de los tres valores defendidos por el Ejército Trigarante: Paz, Unión, Libertad.

Por lo que se refiere a los versos “Si el recuerdo de antiguas hazañas/ de tus hijos inflama la mente,/ los laureles del triunfo tu frente/ volverán inmortales a ornar”, Eduardo Nicol ha examinado de qué forma el laurel toma el lugar del oro para recompensar aquellos hechos que ningún dinero puede pagar. Y subrayan

⁹ Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 78.

Chevalier y Gheerbrant: “El laurel, como todas las plantas de hoja perenne, se refiere al simbolismo de la inmortalidad; simbolismo que sin duda no escapó a los romanos cuando vieron en él el emblema de la gloria, tanto de los ejércitos como del espíritu. El laurel se tenía además por protector contra el rayo (...) Arbusto consagrado a Apolo, simboliza la inmortalidad adquirida por la victoria. Por eso su follaje sirve para coronar a los héroes, a los genios y a los sabios. Árbol apolíneo, significa también las condiciones espirituales de la victoria, la sabiduría unida al heroísmo”.¹⁰ Semejante imagen renació en las pantallas de todo el planeta, cuando Ana Guevara y Belem Guerrero, como todos nuestros medallistas en los juegos de Atenas 2004, fueron premiadas no sólo con medallas metálicas sino con coronas de laureles.

La defensa de la Patria no era privilegio exclusivo de los liberales. Y si la retórica romántica exteriorista es favorecida por los liberales en política, los conservadores defenderán el corte clásico. En varias de sus estrofas, el Himno de González Bocanegra invoca a la concordia. Los liberales, en general, se muestran reacios a cualquier componenda que no conduzca al ejercicio pleno de la libertad, mientras los poetas más conservadores tratan de meditar en sus poemas. “México en 1847” es el título de la extensa elegía donde Manuel Carpio da su versión desolada de la guerra. “Los reaccionarios que al fin son mexicanos”, según la expresión de Justo Sierra, también quisieron a la Patria, aunque su amor se manifestara de manera distinta a la del partido triunfante. De hecho, González Bocanegra fue un poeta cuya orientación política fue conservadora,

¹⁰ Chevalier y Gheerbrant, *op. cit.*, p. 630.

como lo demuestra el himno dedicado a Miguel Miramón, compuesto en plena Guerra de Reforma. Desde 1846, es decir, el año del inicio de la invasión estadounidense, “desempeñó los cargos de administrador general de caminos, censor de teatros y director del Diario Oficial del Supremo Gobierno, bajo la administración conservadora”.¹¹ Tampoco es posible pasar por alto que el jurado calificador del poema que se convertiría en Himno Nacional estuvo integrado por autores de clara tendencia conservadora, tanto en política como en estética: Bernardo Couto, Manuel Carpio y José Joaquín Pesado.

Liberales y conservadores tienen distintas maneras de explicar el país común en que vivían ambas facciones. Ante la guerra contra Estados Unidos, el poeta Manuel Carpio no se limita a expresar líricamente su vergüenza, sino que, al tratar de explicarse el estado caótico de la Nación, resume la que a su juicio ha sido la evolución política de México, desde los buenos augurios que propiciaba su nacimiento a la vida independiente hasta la anarquía y la guerra fratricida en que el país se ve envuelto por sus diferentes facciones:

Yo vi en las manos de la patria mía
Verdes laureles, palmas triunfadoras,
Y brillante con glorias seductoras
Yo la vi rebosar en alegría.

Yo vi a las grandes e ínclitas naciones

¹¹ Aurora M. Ocampo y Ernesto Prado Velásquez, *Diccionario de escritores mexicanos*, México, UNAM, 1967, p. 142.

En un tiempo feliz llamarla amiga;
Y ella, depuesta el asta y la loriga,
A la sombra dormir de sus pendones.

Mas la discordia incendia con su tea
Desde el palacio hasta la humilde choza;
Bárbara guerra todo lo destroza,
Todo se abrasa y en contorno humea.

Armados con sacrílegas espadas
Sin piedad se degüellan los hermanos,
Y alzan al cielo pálidas las manos,
Manos en sangre fraternal bañadas.

Varios poetas compartieron la admiración hacia la figura de Santa Anna, el militar arrojado, el jugador sin prudencia que González Bocanegra celebra en una de sus estrofas. Su dedicatoria en la primera edición del Himno Nacional es, por demás, elocuente: “Al Hijo Inmortal de Zempoala/ al constante defensor de la Independencia y de los derechos de su Patria/ a su Alteza Serenísima/ el general presidente/ Don Antonio López de Santa Anna”. La Historia, ofendida como mujer deseosa de borrar su pasado vergonzoso, mutilará más adelante —como Beethoven hará en la Sinfonía llamada *Heroica* con el nombre de Napoleón Bonaparte— las estrofas donde se ensalza la figura de Santa Anna.

Sin embargo, no debemos olvidar que aun tras el desastre de 1847, Santa Anna continuaba personificando al héroe romántico, amante de la gloria. Para los militares, era el general que siempre estaba en la línea de fuego, como quedó demostrado en su actuación de 1839 ante los franceses en Veracruz, donde perdió una pierna y obtuvo —si bien momentáneamente— la gloria; para los políticos, era el hombre providencial que, sin escrúpulos y, como buen jugador que era, otorgaba su apoyo a quien ocupara la primera posición en las apuestas. Para los mexicanos de mediados de siglo, rico en significantes y pobre en significados, Santa Anna representaba lo que todo mexicano, aunque no lo confesara abiertamente, deseaba: ganar sin importar los medios, consagrar el instante sin pensar en el futuro, reafirmar la hombría en la conquista inmediata. Gran gesticulador de nuestro siglo XIX, no en vano es el personaje central de la novela *Quince uñas y Casanova aventurero*, donde Leopoldo Zamora Plowes se ha encargado de agotar pantagruélicamente la picaresca de esa época de México.

Amado Nervo fue el más completo de nuestros escritores modernistas, preocupados por convertir la expresión nacional en una expresión universal. El afán cosmopolita y la búsqueda de nuevas formas métricas y estróficas fue sólo una de las preocupaciones modernistas. También se derivaron sus búsquedas hacia el rescate de los valores nacionales. A Nervo se deben el poema “La raza de bronce” y uno de los más célebres poemas a la memoria de los cadetes del Colegio Militar, caídos en la defensa del castillo de Chapultepec el 13 de septiembre de 1847. A Nervo se debe, así mismo, una crónica escrita en España, fechada en octubre de 1911 —tiempos difíciles y turbulentos para México— y que lleva por título

“El Himno Nacional vuelto plegaria”. El poeta, entonces encargado de la legación de nuestro país en España, camina por el paseo de La Castellana junto con un amigo, y se detienen ante un crepúsculo que parece imaginado por un pintor. A continuación, el sentido del oído es el ocupado por una nueva emoción estética:

El más conspicuo edificio de la calle, iluminado fantásticamente por aquel crepúsculo, era un vasto convento de ladrillo, de gótica arquitectura, circundado por un gran jardín.

No hubiéramos posado en él los ojos absortos como estábamos por las opulencias cromáticas, semitonadas, del cielo, si no hubiese surgido en tal instante (o más bien no hubiésemos advertido que surgía) un himno cantado por voces infantiles.

La música de aquel himno acabó por paralizarnos de asombro, por lo imprevisto, dados la ciudad, el sitio y la hora.

Era la música de nuestro divino himno nacional, que un solo émulo conoce en el mundo: *La Marsellesa*.

También aquello parecía mentira, como el crepúsculo... pero no cabía la menor duda; terminado el brioso coro, capaz de encender la sangre menos rica en generosidad de glóbulos rojos, siguió la melodía solemne de la primera estrofa: “Ciña, oh, Patria, tus sienes de oliva...” y en seguida, la otra más grave, casi religiosa, llena de no sé qué sonora profundidad: “Mas si osare un extraño enemigo...”

¡Cómo! ¿por qué de un convento, a la hora de la plegaria vespertina, en medio de recogimiento extático de la naturaleza, surgía nuestro himno, de bocas hechas sólo a los rezos?

Fuese cual fuese la razón del conjuro, la música por excelencia para nuestros corazones mexicanos, la que se unió siempre a las alegrías y a las emociones más nítidas de nuestra vida, la que apoteotizó aquellas distribuciones de premios en que altivamente nos ganábamos una medalla de oro o de plata (“premio a la aplicación”), la que acompañó o glosó nuestros fogosos discursos y poesías septembrinos; la que resonó con pompa o con tristeza en nuestras entrañas, según que celebrásemos glorias o llorásemos derrotas; la música que es alma melodiosa de nuestra nacionalidad, en estos momentos en que la adorada nave de la Patria atraviesa por mares nuevos, entre escollos desconocidos (Dios quiera que para llegar a gloriosos destinos); aquella música ejercía en nosotros un influjo casi sobrenatural.

No, no eran los versos de González Bocanegra, los que cantaban las voces conventuales, sino sólo la música de Nunó, con letra religiosa, según pudimos descubrir después de lenta y prolija atención y acercándonos cuanto era posible a la barda.

Natural era suponer que alguna madre, enamorada de esa música, que encontró por casualidad en un cuaderno, le adoptó una letra ingenua, entre la cual pudimos discernir un “bendigamos, hermanas, a Dios”, como remate de una estrofa...

Tal era seguramente la razón más aceptable... pero el poeta escondido que hay en mi espíritu púsose a recordar algo que daba al hecho extraño cierta bella explicación, llena de suave melancolía: Recordó que hará unos tres años, se presentaron en la Legación dos hermanas de la Caridad, para pedir algunos informes recientes relativos a México. Contaron que tenían su casa por allí cerca y una de ellas, alta, blanca, distinguida, de largas manos pálidas, me dijo: —Yo soy mexicana. Mi padre fue don Francisco González Bocanegra, a quien sin duda habrá oído usted mentar.

—¿Qué mexicano —le respondí— no ha oído mentar al autor del Himno Nacional?

Y conversamos largo rato, de cosas de la patria, y después volvió una vez aún para completar sus datos y ya no volvió más, y en los comienzos del pasado año, supe que había muerto.

Y ahora me digo: ¿No sería esa hermana la que les enseñó el himno, “su himno”, a las otras? ¿No sería ella quien no pudiendo cantar en el convento las estrofas de su padre, quiso a lo menos convertirlas en oración, para unirlas así a la música amada, que era toda la patria que le quedaba?

¿Verdad que la explicación tiene ya un motivo de ser: la de su poesía?

De todas suertes, al alejarnos mi amigo y yo, silenciosos y con el corazón sacudido por emociones tan intensas, pensábamos que el Himno Nacional, convirtiéndose en oración, en estos momentos de prueba, en que acaso de un

crisol convulso va a nacer el México futuro, era todo un símbolo.

Y con unción verdadera, tan honda como la que el inglés pone en la austeridad de su acento al pronunciar el *God Save the King*, murmuramos: “¡Dios guarde a la Patria!”¹²

En septiembre de 1906 tiene lugar la ceremonia de homenaje a los Niños Héroes donde Amado Nervo declama el poema que ha escrito para la ocasión, y cuyos versos aún repiten los niños en las celebraciones anuales del 13 de septiembre. El culto a la niñez, la necesidad de fortalecer la imagen del ejército y hablar de una patria “pomposa, multimillonaria, honorable en el presente y epopéyica en el pasado”, como dirá Ramón López Velarde, exalta la hazaña de los cadetes del Colegio Militar. La mitología forjada en torno a los Niños Héroes llenaría más páginas que las destinadas a este trabajo. Mas es preciso recordar siempre su participación en aquella gesta y la necesidad de no olvidarlos ni temer el culto que les profesamos. En nuestro fin de siglo, donde conceptos como patria, bandera y héroe han perdido su original carga semántica, no es ocioso recordar la pureza esencial de los símbolos. En los seis nombres de los cadetes del Colegio Militar no termina la gesta, pero ellos resumen todo lo que de noble y leal tuvo nuestra ciudad en la conmemoración más dolorosa y ejemplar jamás llevada a cabo de la Independencia.

Antonio García Cubas registra el testimonio —aunque por desgracia no el nombre— de un oficial estadounidense que, ante los recios combates librados por los civiles, una vez retirado el ejército,

¹² Amado Nervo, “El Himno Nacional vuelto plegaria”, en *Obras completas*, vol. XXV, *Crónicas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1921, pp. 252-255.

comentó: “Bien celebran los mexicanos su Independencia”. No aparecen mencionados en *Apuntes para la guerra...* ni en *Detalle de las operaciones...*, pero los Niños Héroes forman parte de nuestro imaginario cívico, aunque a muchos les duela confesarlo. Bien por los nombres que conservamos, por la lista que cada 13 de septiembre se pasa de sus nombres, bien por el estremecimiento que no dejamos de sentir ante cada uno de los “Murió por la Patria” exclamado por los cadetes de ahora. Pero son los civiles quienes se empeñan en hacer la historia de los otros, los que no tuvieron la gloria de la muerte o los que murieron sin tener la suerte de ser recordados al menos en nombre. Por eso, cuando pasemos por la calle Héroes del 47 o cuando cantemos el Himno Nacional en nuestras celebraciones deportivas o en la mitad de la plaza de la Constitución, pensemos que al cantarlo recordamos al oficial Chuabilla de Celaya, rescatando una bandera mexicana en la malograda Batalla de Padierna; a Margarito Suaz, artesano que murió combatiendo y, como Juan Escutia, envuelto en la Bandera Nacional; al relojero Arrivillaga, edecán del general León, que al ver herido a su jefe encabezó una carga que recuperó el ritmo de la batalla en Chapultepec; a González Mendoza lanzándose contra el enemigo al frente de sus oficiales; al sastre Lucas Balderas, que dejaba la regla de corte y tomaba el sable cuando su conciencia se lo dictaba. Gastón García Cantú resume esta necesidad de rescatar a los actores sociales anónimos en la dedicatoria de su libro *Las invasiones norteamericanas en México:*

A la memoria del mexicano que disparó, certero, contra el soldado norteamericano que izaba la bandera de las barras y

las estrellas en el asta del Palacio Nacional de México, el 13 de septiembre de 1847.

La autoridad ética y estética de los héroes debería ser argumento suficiente para que el país esperara jubilosamente el mes de la Patria, el septiembre que a lo largo de la historia ha conmemorado el inicio y la consumación de la Independencia, en 1810 y en 1821; los triunfos militares de un joven e intrépido Antonio López de Santa Anna ante la frustrada invasión de Isidro Barradas en 1829, y la defensa de la capital de la República en 1847. Sin embargo, no sabemos qué hacer con nuestros héroes. De manera concreta y simbólica los convertimos en bronce, los aceptamos como inevitables parientes, les pasamos lista con precipitación o llanamente, criminalmente, negamos su existencia.

No son los héroes sino la manera en que se nos enseña a aproximarnos a ellos la que propicia una pérdida del espíritu cívico, traducida en pobreza espiritual y fácil imitación de lo extranjero. Repetición de lugares comunes y malos entendidos, ha convertido, para la imaginación popular, en parias a los héroes de la construcción de México. La vergüenza que ellos tuvieron para defender y construir el país es la vergüenza que sentimos ante esos hermanos mayores, acaso porque sus actos de excepción nos recuerdan la oscuridad presente.

Lo mismo puede decirse de nuestro Himno Nacional. Hace 150 años que el pueblo de México lo tiene, se pelea con él, lo rechaza por anacrónico pero lo necesita por patriota, acude a él en momentos de necesidad espiritual y material. Entonces, como en ese 1854, es adoptado por distintas banderías y credos políticos. Finalmente es

emblema no de un partido ni de un gobierno, sino de una nación. Maestro de Historia de México, de cada una de sus estrofas podemos extraer una enseñanza. Al “extraño enemigo” oponemos ahora no el discurso de las armas sino el discurso de las letras. Las armas de México son su cultura, su tolerancia, su democracia aún en proceso, su inteligencia para respetar el derecho ajeno, como asentó el presidente Juárez en su discurso del 16 de julio de 1867, cuando luego de cuatro años de resistencia el gobierno legal volvió a la capital de la República, asiento de los poderes.

El Himno Nacional es heroico porque soporta a sus detractores: poetas y críticos literarios que no existen sino diacrónicamente, en el aquí y el ahora, patrioteros que se avergüenzan de la palabra patriota. Del mismo modo en que la lectura del periódico es la oración matutina del hombre civilizado, el himno es entonado espontáneamente, y adquiere significado particular en hitos emotivos y fundamentales de nuestra Historia: los estudiantes que en 1929 o 1968 salieron a la calle y tomaron simbólicamente la Plaza Mayor; los nuevos gladiadores y sus partidarios que en el campo de batalla deportivo se saben en ese instante los primeros hijos de México; la multitud que el 18 de marzo de 1938 signó con el canto del Himno la expropiación petrolera y con ello el renacimiento de la dignidad nacional. En 1921, centenario de la consumación de la Independencia, Ramón López Velarde hizo uno de los mejores elogios de la patria:

Bebiendo la atmósfera de su propio enigma, la nueva Patria no cesa de solicitarnos con su voz ronca, pectoral. El descuido y la ira, los dos enemigos del amor, nada pueden ni intentan contra la pródiga. Únicamente quiere entusiasmo. Admite de

comensales a los sinceros, con un solo grado de sinceridad. En los modales con que llena nuestra copa, no varía tanto que parezca descastada, ni tan poco que fatigue; siempre estamos con ella en los preliminares, a cualquier hora oficial o astronómica. No cometamos la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa.

Sigamos las palabras de nuestro poeta mayor. Imitemos, o al menos respetemos, siempre que se pueda, al hombre maduro que a la menor provocación, en el espacio público, ante las notas del Himno Nacional, se pone de pie para recordar la tradición republicana, laica y heroica que ha construido lo mejor de México.